

Cuentos de la selva





CUENTOS DE LA SELVA Horacio
Quiroga
1ª edición digital, octubre de 2020

© 2011 Planeta Sostenible Ediciones EIRL
www.planetasostenible.cl

© 2011 de las ilustraciones: Javier Molina Henríquez

Diseño y diagramación: Sandra Conejeros Fuentes

Comentarios y biografía de Horacio Quiroga: Hernán Miranda Casanova
Corrección de textos: Valeria Solís T. y Hernán Miranda Casanova

Edición al cuidado de: Juan Francisco Bascuñán Muñoz

Registro de Propiedad Intelectual: 212226
ISBN: 978-956-6050-59-9

Cuentos de la selva



Contados por

Horacio Quiroga

Vistos por

Javier Molina

Comentados por

Hernán Miranda

ÍNDICE

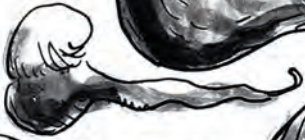
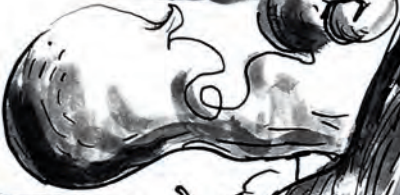
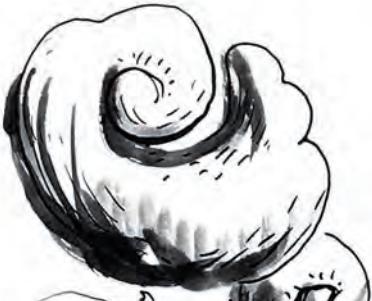
El león	7
La tortuga gigante	27
La guerra de los yacarés	45
<i>Horacio Quiroga y su compromiso con la naturaleza, por Hernán Miranda</i>	79
<i>Biografía de Horacio Quiroga</i>	86
<i>Reseñas biográficas</i>	91

EL LEÓN



Había una vez,
una ciudad levantada en pleno desierto,
donde todo el mundo era feliz. La ciencia,
la industria y las artes, habían culminado
al servicio de aquella ciudad maravillosa
que realizaba el ideal de los hombres.
Gozábase allí de todos los refinamientos
del progreso humano, pues aquella
encarnaba la civilización misma.

Pero sus habitantes no eran del todo
felices, aunque lo hayamos dicho, porque





en su vecindad vivían leones.

Por el desierto lindante corrían, saltaban, mataban y se caían los leones salvajes. Las melenas al viento, la nariz husmeante y los ojos entrecerrados, los leones pasaban a la vista de los hombres con su largo paso desdeñoso. Detenidos al sesgo, con la cabeza vuelta, tendían inmóviles el hocico a las puertas de la ciudad, y luego trotaban de costado, rugiendo.

El desierto les pertenecía. En balde y desde tiempo inmemorial, los habitantes de la ciudad habían tratado de reducir a los leones. Entre la capital de la civilización y las demás ciudades que pugaban por alcanzar ésta, se interponía el desierto y su bárbara libertad. Idéntico ardor animaba a ambos enemigos en la lucha; la misma pasión que ponían los hombres en crear aquella gozosa vida sin esfuerzos, alimentaba en los leones su salvaje violencia. No había fuerza, ni trampa, ni engaño que no hubieran en-

sayado los hombres para sojuzgarlos; los leones resistían, y continuaban cruzando el horizonte a saltos.

Tales eran los seres que desde tiempo inmemorial obstaculizaban el avance de la civilización.

Pero un día, los habitantes decidieron concluir con aquel estado de cosas, y la ciudad entera se reunió a deliberar. Pasaron los días en vano. Hasta que por fin un hombre habló así:

–No hemos hecho nunca lo que debíamos. Hay que conquistar a los leones con otros medios. Nada conseguiremos con la violencia, ni con los burdos engaños. Yo propongo que demos un león por esposo a la más bella de entre nuestras hijas. Ya saben a cuál me refiero: a ese joven e indomable león, que desde que ha nacido parece ejercer una extraña influencia sobre sus compañeros. Conquistándolo a él, nos desharemos fácilmente de las demás fieras. Elijamos a la más bella de nuestras hijas, y démosla por esposa a ese león.



Esto dijo el hombre; y la idea fue considerada sutil y realizable, porque esto pasaba en una época en que las mujeres eran semidiosas y no se comportaban en la vida como simples mortales.

La más bella, pues, de las jóvenes vírgenes, fue encerrada sola en una torre que se levantó en el desierto a la vista de la ciudad. Y al atardecer, la hermosa se asomaba a la ventana, donde lloraba con el pañuelo en los ojos.

Los leones pasaban y rugían trotando, temerosos siempre de una asechanza.

Solo el joven león se atrevía a acercarse. Inmóvil al pie de la torre, alzaba horas enteras sus salvajes y azules ojos a la bellísima hija de los hombres, que lloraba para ablandar su indómito corazón.

En breves días, pudo apreciarse la

sutileza del consejo: el león, que había resistido a la violencia y los engaños groseros, cayó en las redes. Y siguiendo, hipnotizado de amor, a la hermosa joven que le sonreía bajo un extremo del pañuelo, franqueó las puertas de la ciudad.

No vaya a creerse, sin embargo, que los hombres procedían de mala fe al ofrecerle la bellísima esposa. Las bodas se realizaron en corto plazo con un fausto inaudito, en honor de aquel monarca del desierto que se dignaba honrar a los hombres con su alianza.

Cuanto hay de lujo, de halago sutil en la civilización de los hombres, fue tendido a los pies –las garras– del joven salvaje león.

Se le inició paso a paso en los goces del refinamiento, en los deleites de la inercia. Se le peinó, se le acarició, se le untó de las mil exquisitas dulzuras que constituyen la alta civilización. Y el bárbaro intruso, deslumbrado y blando de

amor, lamió, probó y gustó de cuanto le ofrecían.

Se le convenció de que debía dejarse limar los dientes y cortar las garras –vergonzoso estigma de su vida anterior– y así se hizo.

Aprendió a amar los muelles cojines, a sentarse a la mesa con la servilleta sobre los muslos, a quejarse de calor en días apenas tibios, y a disimularse en el fondo del palco para dejar sitio a las señoras en el antepecho. Aprendió a perder en los brazos de su esposa los últimos impulsos de rebelión, y aprendió por último, a decir discursos en las grandes ceremonias conmemorativas, con la mesura y el buen tono de los hombres.

Llegó finalmente con el tiempo a ser amable, tolerante y grueso león de garras y colmillos limados, que se horripilaba ante toda idea de violencia, y que no tenía sino dos aspiraciones: gozar de su vida actual y prolongarla hasta su vejez.